

Sumario

"Pobreza: El lado oscuro de la Modernización"

Editorial

- Las Diversas Dimensiones de la Pobreza 5
Margarita Quezada V.

Articulos

- Superación de la Pobreza: 7
Un Entoque desde la Ciudadanía
Ernesto Otone
- La Pobreza y los Programas 13
de Superación de la Pobreza
José Bengoa
- Trabajo Social y Pobreza 101
Ximena Valdés
- Pobreza y Modernización: 111
¿Un País que Comienza
a Mirar Desde Arriba?
Maricela González
- Cumbre Mundial de Desarrollo Social: 123
Una Oportunidad Unica
para el Trabajo Social
Mónica Jiménez de Barros

Documentos

- Lineamientos y Perspectivas: 27
Consejo Nacional
para la Superación de la Pobreza

Investigaciones

- **Redes Sociales y Superación de la Pobreza** 31
Vicente Espinoza
- **Pobreza y Reconversión Laboral en la Zona del Carbón** 45
René Olate A.
- **20 Años de Fomento Forestal en la Araucanía: Transformaciones Agrarias y Pobreza Rural** 55
Patricia Castañeda M.
Ana María Salamé C.
- **Estructuras Sociales y Pobreza Familiar** 69
M. de la Luz Alvarez M.
Ana María Alvarez T.
Ximena Gallardo S.
- **Pobreza en el Cuarto Proplo** 79
Carolina Muñoz G.

Noticias

- **Actividades de la Escuela de Trabajo Social.** 129
- **Hacia el Mundo: Contactos de la Revista de Trabajo Social** 133
- **Bases de Publicación: Participe en la Revista de Trabajo Social** 135
- **Ya Viene: Plan de Edición de la Revista de Trabajo Social** 136
- **Suscríbase a la Revista de Trabajo Social** 137

SUPERACION DE LA POBREZA:
**UN ENFOQUE
 DESDE LA CIUDADANIA***

• *Más allá de algunos consensos básicos respecto a la pobreza, existen notables diferencias en su conceptualización, lo que influye directamente en las políticas destinadas a superarla. Por ello, es necesario desarrollar un enfoque integrado, que considere temas como el desarrollo, el crecimiento económico, la equidad y la democracia.*

En relación a la pobreza, es posible señalar que hoy día existen por lo menos dos consensos básicos. El primero se refiere a la inevitabilidad de la pobreza. Antaño, efectivamente,

la pobreza aparecía casi como una catástrofe natural y la frase *siempre ha habido pobres...* no sólo tenía la fuerza de una constatación, sino el de una ley histórica. Hoy se sabe que la humanidad cuenta con los recursos económicos, científicos y tecnológicos para superar la pobreza, por lo que su persistencia constituye un *escándalo de civilización*.

El segundo, se refiere a su mesurabilidad. Aún siendo la pobreza un concepto relativo, se han generado acuerdos en torno a su medición, lo que permite constatar de manera relativa sus avances o retrocesos en las sociedades. De acuerdo a lo anterior, podemos señalar que la línea de pobre-

ERNESTO OTONE

Sociólogo y Doctor en Ciencia Política, Cepal.

za está dada por el cálculo del costo de una canasta de alimentos más un conjunto de otras necesidades básicas no alimentarias, y que la línea de indigencia o de extrema pobreza

está dada por el cálculo de un presupuesto básico de alimentación. Naturalmente, la pobreza es un fenómeno mucho más complejo de lo que alcanzan a describir estas mediciones.

Sin embargo, más allá de estos consensos existen notables diferencias en la conceptualización de la pobreza, que tienen directa influencia en las políticas dirigidas a su superación.

De manera necesariamente esquemática, podríamos señalar los siguientes tipos de aproximación a la pobreza:

* Ponencia presentada al panel de apertura del Primer Encuentro Regional de Escuelas de Trabajo Social del Cono Sur.

a) Aquella que la concibe como un fenómeno aislado, y no como la expresión más grave de estructuras inequitativas y discriminadoras que existen en nuestra sociedad, y postulan su superación sólo por la vía del crecimiento económico, a través del efecto derrame. Se entiende así que aquellos sectores que no pueden superarla por el efecto señalado, constituyen una suerte de patología social hacia la cual es necesario focalizar la asistencia social. Este enfoque no tiene contrastación empírica hasta hoy, pues en todos los procesos de desarrollo que han llegado a superar significativamente los niveles de pobreza, junto al crecimiento económico se han desarrollado políticas públicas destinadas a generar una mayor equidad.

b) Existe también un enfoque tecnocrático que tiene menos confianza en el efecto derrame, pero que considera que las políticas económicas y sociales deben circular por carriles diferentes para no entorpecerse. Las primeras aparecen destinadas al crecimiento y la eficiencia, y las segundas se refieren a la equidad y redistribución.

A través de esta separación de ámbitos, en la práctica este enfoque termina desarrollando políticas contradictorias, y las políticas sociales se convierten en una suerte de hospital que va recogiendo los heridos que la política económica deja en el camino.

c) Otra visión es la populista o demagógica, que piensa que la pobreza se puede superar por puro voluntarismo político, sin considerar las exigencias del crecimiento, la competitividad, la productividad y la estabilidad fiscal.

Estas visiones, muchas de las cuales están cubiertas de una suerte de antropología de las virtudes de la pobreza, pueden adoptar diversas coloraciones ideológicas, culturales y religiosas y, a menudo, terminan multiplicando la pobreza. A partir de lo anterior, parece adecuado escapar de las simplificaciones y de las visiones unilaterales y procurar el desarrollo de un enfoque más complejo. En primer lugar, debe ser una visión multidimensional, que vaya más allá del tema de los niveles de ingreso, y considere central las dimensiones culturales y políticas de la pobreza, vale decir que incorpore fuertemente

los aspectos de distribución del poder y de las discriminaciones.

En segundo lugar, convendría enfocar el tema de la pobreza de manera inseparable del tema de la equidad, de la construcción democrática y de la generación de una ciudadanía moderna.

En este enfoque, los pobres no son *pobrecitos*, no son un grupo aparte a quienes los ciudadanos deben asistir por razones de buena voluntad o de seguridad ciudadana. Por el contrario, son ciudadanos a los que un conjunto de obstáculos y barreras impiden desarrollar sus derechos, ejercer sus libertades y gozar de los beneficios del desarrollo. Son ciudadanos que no tienen igualdad de oportunidades. La superación de la pobreza, en este enfoque, se inscribe en la esencia misma de la propuesta de una sociedad democrática, libre y moderna. En definitiva, un aspecto esencial para medir la modernidad de una sociedad está dado por sus avances en la superación de la pobreza, vale decir en la constitución de una ciudadanía completa y extendida.

EL ENFOQUE INTEGRADO DE LA SUPERACION DE LA POBREZA

De lo señalado anteriormente, se desprende la necesidad de enfocar de manera integrada el desarrollo, y de abordar complementaria y simultáneamente el crecimiento económico, la equidad y la construcción democrática.

Se trata, por tanto, de preferir aquellas políticas económicas que favorecen no sólo el crecimiento, sino también la equidad y, por otra, desarrollar políticas sociales que además de su efecto distributivo tengan un impacto de eficiencia y productividad.

Muchas veces se tiende a acentuar la contraposición entre políticas tendientes a un mayor crecimiento y aquellas que tienen como meta abrazar mayor bienestar y distribuir el ingreso. Pero son numerosas las que pueden dirigirse hacia ambos objetivos. Entre ellas, pueden mencionarse las políticas dirigidas a la generación de empleos productivos, a la inversión en recursos humanos, a la difusión tecnológica en el agro y al aumento del ahorro.

El enfoque integrado permite buscar respuestas diferenciadas a los distintos tipos de pobreza que existen en el país, pues si algo caracteriza a la pobreza, no sólo en Chile sino en toda América Latina, es su tremenda heterogeneidad.

Existe una pobreza reciente, fruto de la crisis de los años 80, causada por la baja de los salarios reales, tanto públicos como privados, que alcanza a sectores de trabajadores que no están entre los de más baja productividad. Existe una pobreza más *dura* que afecta a quienes están sin empleo o tienen empleos de baja productividad;

o a determinadas categorías, como los jubilados, cuyos ingresos han perdido brutalmente su valor real; y existe una pobreza de los excluidos, que se transmite generacionalmente. Se están generando pobrezas territoriales, producto de las desigualdades del desarrollo, y también hay grupos que están extraordinariamente sobre representados en los niveles de pobreza, como ocurre con las mujeres jefas de hogar.

Todo ello nos señala la complejidad de las respuestas necesarias para superar la pobreza. Dentro de esta complejidad nos parece indispensable señalar algunos aspectos centrales:

a) La pobreza no se puede enfrentar al margen del crecimiento económico. El crecimiento no es condición suficiente para lograr equidad, pero sí una condición necesaria; no podrá superarse los niveles de pobreza actuales sin un prolongado esfuerzo de crecimiento, sin la generación de más riqueza.

En todos los países de América Latina que han tenido éxitos moderados y relativos en revertir los niveles de pobreza, se observa un crecimiento del producto por habitante, una disminución del desempleo abierto, una inflación decreciente y un crecimiento del ingreso del 10% más pobre.

Si ampliamos aún más nuestra mirada, podemos observar que el mayor aumento de la pobreza en el mundo se ha generado en el África subsahariana, precisamente en la región con menos dinamismo económico, y es precisamente en Asia -región que históricamente posee la mayor cantidad de pobres (800 millones)- donde producto de un nuevo dinamismo económico, se están generando las perspectivas más importantes de reversión de la pobreza. Mayor ocupación productiva y mejores salarios están en la base de la superación de la pobreza.

b) Existe sin embargo un sector importante de la población que no es asalariada y que no está en la economía formal. Hacia ese sector es esencial dirigir la generación de políticas encaminadas a aumentar la productividad de los pobres y a contribuir a su acumulación de capital. Esas políticas dicen relación con la calificación de la mano de obra; el otorgamiento de crédito y asistencia técnica a pequeñas empre-

sas, incluidas la microempresa; la preparación de la mano de obra futura; y, en general, que estén dirigidas al perfeccionamiento de los mercados.

e) Otros sectores se encuentran fuera del mundo productivo, como es el caso de los jubilados, o se hallan en situación de indigencia, o pertenecen a grupos extremadamente desfavorecidos. En esas situaciones es necesario la transferencia de recursos, la generación de una red asistencial, la entrega de subsidios y que el Estado juegue ineludiblemente su rol compensador. Tomando en cuenta todos estos aspectos, se puede decir que deben ser repensadas la relación Estado-sociedad civil-sector privado, y el conjunto de las políticas económicas y sociales, en particular aquellas con mayor efecto en el crecimiento y la equidad: en primer lugar la educación, pero también la salud y la vivienda. Asimismo,

*«El enfoque integrado
permite buscar
respuestas diferenciadas
a los distintos tipos de
pobreza que existen en el
país, pues si algo
caracteriza a la pobreza,
es su tremenda
heterogeneidad.»*

mo, debe ser repensado el gasto social, su eficiencia y su impacto.

Un aspecto sustantivo -para este enfoque desde la ciudadanía- lo constituye el protagonismo de los actores sociales y, en particular, de los sectores en situación de pobreza. No parece posible tener éxitos duraderos sin una representación de sus demandas y de su participación en el diseño de las políticas a seguir. Existe suficiente experiencia acumulada sobre la enorme influencia en la obtención de resultados positivos, del nivel de protagonismo de los grupos en situación de pobreza. Los ejemplos más espectaculares están dados por el protagonismo femenino.

AVANCES LOGRADOS Y PROBLEMAS PENDIENTES

Es necesario valorar el esfuerzo realizado por los gobiernos democráticos en orden a disminuir los niveles de pobreza en Chile. Se estima que un millón 350 mil chilenos superaron la línea de pobreza en los últimos años, y que en general en el país, salvo en la región del Bío Bío, la pobreza ha disminuido. Las cifras existentes muestran que entre el '90 y el '92 la pobreza disminuyó de un 40,1 % a un 32,7 %, y la indigencia, de un 13,8 % a un 9 %.

Son, sin duda, resultados positivos que no impiden, sin embargo, que un tercio de los chilenos continúen viviendo bajo la línea de pobreza.

Esta reducción de la pobreza se explica sobre todo por el aumento de los ingresos del 40 % de los hogares más pobres, y no por una mejoría de su participación en la estructura distributiva.

Estamos, por tanto, ante una sociedad que aun cuando tiene menos pobres no es necesariamente más equitativa. La brecha de ingresos sigue sien-

do enorme: los ingresos más altos son 12,3 % mayores que los más bajos.

Si entendemos la equidad como parte inseparable de la modernidad -desde el punto de vista ético y político, y también económico- las actuales tendencias no pueden llevar a la autocomplacencia. Es necesario actuar sobre ellas para modificar su curso, acentuando el componente equitativo y poniendo en el centro el combate a la pobreza.

La equidad, entendida como la existencia de una ciudadanía moderna con igualdad de oportunidades reales, constituye un requisito de posicionamiento para el siglo XXI. No es casualidad que los países mejor posicionados hacia el futuro, sean países como Japón, Alemania y los países Nórdicos, que combinan dinamismo económico con altos niveles de equidad, y que los que tienden a colocarse en primera línea, como los del sudeste asiático, sean países que han apostado a una altísima inversión en la gente.

Se trata, por supuesto, de seguir creciendo y de intensificar el crecimiento. Sin embargo, es necesario un enfoque per-

manentemente autocrítico y atento a la calidad del desarrollo productivo, y la complementariedad de las políticas económicas y sociales. En definitiva, es necesario anticipar una reflexión sobre la relación entre competitividad, niveles de equidad y sustentabilidad.

Es preciso repensar los niveles de ejercicio de ciudadanía actuales, que no parecen estar a la altura

de estos requerimientos, y la debilidad de un número importante de actores sociales.

Quizás, frente a la magnitud de estos desafíos, sea necesario sobre la base de los consensos ya logrados, desplazarse hacia nuevos consensos que permitan incluir a actores sociales hoy excluidos.

Todo indica que los procesos de profundización de la apertura, marcada por la globalización cre-

«Estamos ante una sociedad que aun cuando tiene menos pobres, no es necesariamente más equitativa. La brecha de ingresos sigue siendo enorme»

ciente, y las indispensables modernizaciones que vendrán, generarán una sociedad muy diferenciada con velocidades y tiempos muy diferentes, con eventuales desigualdades crecientes (a algunos les irá muy bien y otros se debilitarán más aún). Inevitablemente, desaparecerán oficios enteros y se generarán situaciones territoriales depresivas, con fuertes efectos sociales, culturales y políticos.

De otra parte, surgirán nuevas exigencias, particularmente para los más jóvenes, en orden a poder realizar sus aspiraciones, lo que acelera la urgencia de las grandes reformas, como la que dice relación con la educación. A título ilustrativo, se puede señalar que en los próximos años para que un joven quede efectivamente al reparo de la pobreza tendrá que alcanzar en Chile el equivalente a la educación secundaria completa. Frente a lo anterior, en mi opinión sería un error optar por el pesimismo, el defensismo corporativo o la nostalgia, pero tampoco sería aconsejable optar por la indiferencia y la falta de acción para encontrar las opciones que eviten el ahondamiento de las desigualdades y logren un desarrollo equilibrado.

Frente a los desafíos de la nueva situación internacional, no existe la posibilidad de un repliegue autárquico. Como bien señala Alain Touraine: «estamos todos embarcados en la modernidad, lo

que es necesario saber es si lo hacemos como galeotes o como viajeros con bagajes, proyectos y memorias». Hacerlo como viajeros, supone una visión de la modernidad que no se reduce a la pura razón instrumental y eficacia productiva, sino que incluye equidad, identidad, sustentabilidad y democracia.

En consecuencia, quizás el campo privilegiado de la reflexión sobre lo social en estos tiempos, sea el de contribuir a generar las síntesis requeridas entre el impulso de las modernizaciones necesarias, con los desafíos de equidad y solidaridad que hacen de la modernidad no sólo la suma de las modernizaciones, sino el encuentro entre progreso técnico y eficiencia con la democracia, la ciudadanía y la igualdad de oportunidades.

REFERENCIAS

- CEPAL, Equidad y transformación productiva: Un enfoque integrado.
- CEPAL, La cumbre Social: Una visión desde América Latina y el Caribe.
- CEPAL, Panorama Social de América Latina - 1994.
- Naciones Unidas, Documento Conjunto de las Comisiones Regionales para la Cumbre sobre Desarrollo Social.
- Touraine, Alain, «Critique de la Modernité», Paris, Fayard, 1992.

LA POBREZA Y LOS PROGRAMAS DE SUPERACION DE LA POBREZA*

- *Visión asistencialista del Plan de Superación de la Pobreza lo llevará a asumir un papel marginal y desprovisto de recursos. Es preciso vincular este plan a los cambios institucionales necesarios para abrir las oportunidades a las personas. En definitiva, la superación de la pobreza pasa por la profundización de la democracia.*

El tema de la pobreza se ha colocado en el centro de las discusiones programáticas durante los últimos dos años en casi todos los gobiernos democráticos latinoamericanos.

Recientemente, el nuevo gobierno brasilero puso el tema en el centro del debate, creando comisiones y estructuras programáticas para la superación de la pobreza en ese país. Algo semejante se planteó en la campaña electoral colombiana, y el nuevo gobierno implementó un plan que coordina los esfuerzos gubernamentales y llamó a la sociedad civil a participar en él. Ocurre algo semejante en varios otros países latinoamericanos. Las reuniones de Ministros de Desarrollo y Bienestar Social -realizada primero en Santiago en diciembre de 1994 y luego en Buenos Aires en mayo de 1995- han hablado un lenguaje semejante. En Chile, el combate a la pobreza ha sido puestren el centro del programa del segundo gobierno de la Concertación de Partidos por la Democracia.

JOSE BENGUA

Antropólogo y Licenciado en Filosofía,
Investigador del Centro
de Estudios Sociales y Educación, SUR.

La reciente Cumbre Social, realizada en Copenhague, ha relanzado el tema de la superación de la pobreza a escala internacional. Allí, los presidentes latinoamericanos reafir-

maron su compromiso con esta causa, señalando casi en todos los casos que ella es el principal objetivo de sus gobiernos. El principal objetivo ético moral de las democracias es, no cabe duda, lograr un mínimo de equidad al interior de sociedades cada día más desiguales, más inequitativas, donde cada vez hay más pobres. Es, sin acusar de cinismo a nadie, el principio altruista que guía los pasos de los nuevos gobernantes de los noventa: el principio necesario para mostrar que el ejercicio del poder no es sólo un acto de arbitrariedad.

* Una primera versión de estas ideas fue presentada en la reunión sobre desarrollo y pobreza en América Latina, convocada por la Asociación Latinoamericana de Organismos de Promoción (ALOP), realizada en Paipa, Colombia, del 26 al 29 de abril de 1995.

En Chile, los partidarios de la modernización así entendida se encuentran tanto entre quienes provienen de una orientación autoritaria y que participaron activamente del período dictatorial, como de sectores democráticos tradicionales, o que en el transcurso de la transición a la democracia han adherido lealmente al sistema democrático de gobierno. Estos sectores no podrían gobernar sin una apelación a las grandes masas. Sus políticas de postajuste, de globalización acelerada de las relaciones económicas, no tendrían audiencia. Es por ello que se combinan con los sectores políticos principalmente de la izquierda postsocialista y democrático-progresista, formando coaliciones amplias. Podríamos pasar revista a la situación de varios países y encontrar un esquema semejante de alianza político-social.

El eje ideológico de esta coalición es la convocatoria al combate de la pobreza y, por tanto, a adquirir el compromiso de que el crecimiento no será en desmedro de las clases y sectores populares, sino que propenderá a su promoción. El concepto de equidad, de la propuesta cepaliana, denominada *crecimiento con equidad*, se ha traducido en términos políticos en *modernización y superación de la pobreza*. Una vez más la Cepal ha entregado un campo ideológico en el que se encuentran de manera relativamente armónica el ámbito del desarrollo económico y social.

SUPERACION DE LA POBREZA Y CONSOLIDACION DE LA DEMOCRACIA

En Chile, el primer gobierno de la Concertación se constituyó en torno al concepto de *transitar a la democracia*. La coalición estaba amalgamada en función de reinstitucionalizar las normas democráticas en el país, conseguir la reconciliación de la sociedad y, en fin, renormalizar la vida ciudadana. Las masas votantes fueron interpeladas en función de ese programa central.

La redemocratización del país fue, por su propia naturaleza, un programa claro y perfilado en el ámbito político institucional, que permitió el desarrollo de una coherente política de gobierno y el alineamiento en torno suyo de las grandes masas po-

pulares y democráticas de la sociedad. Algo semejante ocurrió en otros países en que se ha transitado de alguna manera desde esquemas políticos periclitados a nuevos sistemas de democracia renovada.

El segundo gobierno de la Concertación, en cambio, independientemente de la letra de su programa de gobierno, debió cambiar el carácter de la convocatoria. Se ha transmitido una imagen que señala que el período de transición culminó y que el país se encuentra en un tiempo de normalidad institucional. El eje central se cambió a los aspectos económicos. La opinión pública, los medios de comunicación y el discurso político, ven en la modernización económica el principal desafío del país en los últimos años del siglo veinte.

Los viajes del Presidente de la República al exterior, el área de mayor decisión y poder comunicacional del Gobierno, *hablan* más que muchos discursos y muestran con claridad la prioridad de proyectarse hacia los mercados internacionales, conquistar puestos de privilegio en el concierto económico mundial y avanzar rápidamente a la globalización de las relaciones del país. En la práctica, por tanto, la modernización es entendida como la aventura de *lanzarse al mundo*, integrarse a las grandes corrientes mundiales, comunicarse con el planeta a través de las telecomunicaciones, la televisión y el cable.

El deporte, en la medida de lo posible, juega un papel muy interesante en este proceso de globalización acelerada que vive Chile y que se percibe también en otros países latinoamericanos. Esta inserción se realiza sin criticar las normas de funcionamiento internacional y, más bien, adaptándose a ellas. Los países son llamados también a la *reconversión*, esto es, a la *modernización adaptativa*.

La modernización así entendida puede producir numerosos desequilibrios. La falta de crítica, de sentido de la responsabilidad en torno a lo que se hace, muchas veces provoca enormes desequilibrios. En términos psicosociales, causa, sin duda, muchos temores e inseguridades. Una gran parte de la población se ve y puede verse excluida. Una mayoría puede sentir que no posee instrumentos ni capacidades para esa empresa.

Probablemente, un amplio sector verá discutidos o negados sus valores más tradicionales y profundos. En fin, muchos se resistirán a perder sus situaciones de privilegio. Las grandes mayorías no se sentirán interpeladas por un discurso puramente modernizador.

Aunque no es el tema de este trabajo, me atrevería a señalar que allí reside una fuente de explicación de muchos de los conflictos sociales que se producen y producirán en el próximo período. Mayoritariamente no son ni serán conflictos políticos a la manera tradicional, sino de carácter social y cultural, que cruzarán a partidarios y opositores de la coalición que esté en el gobierno, que no podrán aceptar, ni considerar como propio, un discurso que sólo insiste en la innovación modernizadora, en el cambio, en dar vuelta la hoja del pasado.

La experiencia de los conflictos sociales recientes en América Latina es de esta naturaleza. Los movimientos sociales tradicionales prácticamente han desaparecido, dando lugar a estallidos de violencia o conflicto agudo. Ha sido el caso de Chiapas, Santiago del Estero, los maestros y sindicalistas bolivianos, los indígenas de la CONAIE del Ecuador y muchos más, en que los

sectores más duros del tradicionalismo cultural se oponen a la modernización compulsiva que impulsan las elites ilustradas.

Es por ello que el discurso modernizador debe, necesariamente, estar acompañado de un discurso igualitarista, solidario, distributivista. Esta es la principal función del discurso acerca de la necesidad de superación de la pobreza.

El discurso acerca de la superación de la pobreza es de *integración social*. Por definición, en cambio, el discurso modernizador es excluyente, competitivo, privilegia a los que poseen más

recursos, interpela a los más audaces. En cambio, el discurso de superación de la pobreza recubre sus durezas con un manto de solidaridad, de ética y también de compasión, bondad y misericordia; cuestiones necesarias en la política. El padre autoritario, que llama a la rudeza de la vida, debe ser consolado con la madre cariñosa, que acoge al hijo débil cuando no logra sobreponerse a las exigencias de la competencia masculina.

Es por ello que, en términos políticos, la crisis de este discurso, o la apreciación de que este discurso es falso, sólo con fines propagandísticos y sin base real, puede cuestionar profundamente este tipo de coaliciones y, en el caso de Chi-

le, poner en serias dificultades la alianza. Para seguir con el ejemplo psicoanalítico, tenemos el temor de que en algún momento nos encontremos *huachos*, solos, sin una madre que nos proteja, sin Estado mínimamente protector, sin el discurso mariano, central en nuestra cultura, de que todos somos hijos de una misma madre y, por lo tanto, hermanos.

El asunto reviste mayor seriedad en la medida en que al plantearse la superación de la pobreza en el centro del discurso político,

el gobierno se ha autoimpuesto una *medida de evaluación*. Por ejemplo en Chile, en el curso de un año, el tema de la pobreza ha pasado de ocupar los lugares más bajos de las encuestas, en términos de la preocupación de la ciudadanía, a asumir el segundo puesto en importancia de acuerdo a las encuestas de opinión de marzo de 1995. El primer punto sigue siendo la delincuencia y seguridad ciudadana y el segundo tema en importancia para la opinión pública es la pobreza. Este aumento en la importancia del tema es, sin duda, producto de la centralidad

«El discurso de superación de la pobreza recubre las durezas del discurso modernizador con un manto de solidaridad, de ética y también de compasión, bondad y misericordia; cuestiones necesarias en la política».

del discurso, de su reiteración y de la capacidad de tocar un sentimiento real en la ciudadanía. Es por ello que analizar la marcha del discurso y del programa de superación de la pobreza, es un asunto fundamental para la mantención de la alianza política democrática en la mayor parte de los países latinoamericanos. Esta es, a nuestro modo de ver, la relación real entre pobreza y democracia.

La existencia de una pobreza masiva y no interpelada, tanto en el nivel simbólico-político como en el nivel político-práctico, provocaría tarde o temprano la crisis de la democracia. La democracia como sistema político pierde valor frente a las grandes masas, si no posee un contenido programático igualitarista como el aquí señalado. Para Chile la cuestión es crucial. Si no hay un plan efectivo de superación de la pobreza, con resultados medibles y mostrables, la coalición tiene un futuro marcado por la inestabilidad y la ruptura. Mas aún, dicho en términos económico-técnicos, si no existe un horizonte de rectificación en la composición porcentual de la distribución de los ingresos, manteniéndose una alta tasa de crecimiento económico, la ruptura de la estructura democrática vigente es parte de los aspectos a tener presentes es el futuro inmediato. Los cinco años de democracia recuperada en Chile no son alentadores en este aspecto. La relación entre sectores pobres y ricos no ha variado.

EL DESAFIO ECONOMICO: INTEGRAR EL CRECIMIENTO MACROECONÓMICO Y UNA POLITICA SOCIAL IGUALITARIA

Como es bien sabido, América Latina ha mostrado tasas de crecimiento económico que están sobre la media mundial, a pesar de la década perdida de los años ochenta. Chile, en particular, muestra tasas muy altas de crecimiento. Este es uno de los valores de la estabilidad económica, política y social del país. A pesar de ello, América Latina muestra una distribución de ingresos mucho más inequitativa que Asia e, incluso, que muchos países de África. Evidentemente, es mucho más aguda e inequitativa que la existente en los países desarrollados. La salida

del subdesarrollo pasa, por lo tanto, por el logro de un crecimiento económico con mayor equidad en la distribución de los bienes, beneficios y servicios del país. Ese es el gran desafío de estos países, y en especial es el gran desafío de las democracias.

Este desafío puede ser entendido en el marco de los planes de superación de la pobreza. El objetivo último de un plan de esta naturaleza debería ser lograr una mayor equidad en la distribución de los ingresos del país. Si en el mediano y largo plazo los planes destinados a este efecto no son capaces de reflejarse en cifras claras y contundentes, es evidente que serán un fracaso.

En Chile se ha pasado la *etapa fácil* de la superación de la pobreza, parafraseando la conceptualización hecha para la etapa de la industrialización sustitutiva, en que hubo una etapa fácil y una difícil, que requirió de medidas mucho más audaces, sin las cuales no era posible o simplemente no fue posible, lograr el objetivo.

La *etapa fácil*, en materia de pobreza, es la que carga al crecimiento económico -esto es vía salarios y empleo- todo el éxito del programa. Coincide con un período de reactivación económica en sectores intensivos de mano de obra, como es la construcción de viviendas y las obras públicas. En Chile, el primer período de disminución de casi un millón de pobres -de los más de cinco millones que se encontraban bajo la línea matemático-estadística de la pobreza- se debió básicamente a efectos indirectos y directos del crecimiento y expansión económica. Aumento del empleo, pequeño aumento proporcional de los salarios reales como consecuencia de la baja tasa inflacionaria, estabilidad económico-financiera y operación de sistemas crediticios de consumo masificados, etc... Esto es lo que muestran algunos estudios recientemente publicitados. Sin embargo, todos los indicadores muestran que esa *etapa fácil* concluyó. Fue el período iniciado a fines de los ochenta, acrecentado a comienzo de los 90 con el impulso democratizador y las medidas impositivas adoptadas, y que culminó el 93. El sector social incorporado con estas medidas es aquél que está en las fronteras de la integración laboral, educacional,

en fin, social. No es propiamente el sector marginal que no puede ser llamado a la producción o a la actividad sin una preparación previa. Es por ello que la pobreza se pone cada vez más rebelde. Con el mero crecimiento económico, es más difícil lograr cambios sustantivos en la composición de los ingresos, en los aumentos de los salarios reales de las capas más pobres, etc. La etapa de superación *difícil* de la pobreza requiere de cambios institucionales, de aplicación de políticas específicas mucho más precisas para desbloquear situaciones que por lo general se mantienen por largos períodos de tiempo. Esta segunda etapa de superación de la pobreza requiere de la acción más decidida del Estado.

EL PLAN CHILENO DE SUPERACION DE LA POBREZA

Podríamos preguntarnos por las consecuencias públicas que tiene un discurso que trata de poner en la mesa de discusiones ciudadanas el tema de la superación de la pobreza.

En primer lugar, en cuanto modelo teórico y eje simbólico de la acción gubernamental, el Plan Nacional para la Superación de la Pobreza ha puesto en la opinión pública el metro de evaluación de la acción política del Gobierno.

Con los años, la ciudadanía ha ido estableciendo parámetros de medición de la acción de gobierno. El crecimiento económico, la inflación y la tasa de desempleo son, sin duda, los principales indicadores que a nivel masivo permiten comprender la marcha de la economía del país. No nos cabe duda, tampoco, de que las próximas campañas electorales tendrán además como centro de la discusión el tema de la superación de la pobreza. La evaluación ciudadana de metas medibles es, con toda seguridad, un síntoma importante de modernización de la vida política del país. Nos parece necesario fomentarlo.

En segundo lugar, el Plan Nacional para la Superación de la Pobreza ha creado un MARCO INSTITUCIONAL, fomentando, por tanto, capacidades y mecanismos para actuar sobre el tema de la pobreza que involucren a una suma importante de actores. Por una parte ha compro-

metido de una u otra forma al Estado en su conjunto, a través de la prioridad marcada al tema y, por otra, ha involucrado a parte de la sociedad civil creando el CONSEJO NACIONAL PARA LA SUPERACION DE LA POBREZA.

Este último, ente de gran potencialidad, tiene por objeto mover las fuerzas no estatales en esta perspectiva. Su mayor logro ha sido la creación del SERVICIO PAIS, sistema de trabajo de jóvenes profesionales en comunas de extrema pobreza que carecen de recursos humanos calificados. Es una suerte de voluntariado social, que pone en el centro de las preocupaciones el elemento de servicio y solidaridad. Junto con la utilidad práctica de este programa, financiado por el gobierno en un alto porcentaje, se refuerza el eje simbólico que hemos tratado en el primer punto.

En tercer lugar, hay un intento de incorporación de los más diversos actores en el diseño de los diversos planes específicos de superación de la pobreza. Esta voluntad manifiesta de PARTICIPACION tiene un doble nivel de evaluación. Por una parte, es necesario resaltar la acogida de la iniciativa. En todos los ámbitos de opinión, en especial en regiones, ha habido una recepción activa y favorable a constituir Comisiones, Comités y Consejos relacionados con la superación de la pobreza, mostrando la disposición a participar que posee la base social en esta materia. La exposición de las experiencias colombianas en este sentido es muy parecida. Llamó la atención el interés por participar y la cantidad de comités y consejos formados.

Por otra parte, y desde el otro lado de la medalla -en la medida en que no hay respuestas concretas, que no se deciden los planes acordados, que no hay recursos para llevarlos a cabo, que no hay metodologías de planificación adecuadas, ni tampoco coordinación entre los servicios estatales- puede producirse la reacción contraria. Los mismos que participaron con generosidad en las primeras reuniones se sentirán frustrados, criticarán y finalmente harán lo posible por ser respetados y no verse involucrados en una mascarada.

En cuarto lugar, el plan de superación de la pobreza que se ha estado llevando a cabo en Chile

tiene una fortaleza adicional. Se ha priorizado áreas de extrema pobreza donde teóricamente debería FOCALIZARSE LA ACCION DEL ESTADO. Esta focalización territorial es de suma importancia e interés. De partida, ha sido un triunfo sobre las políticas generalistas y además sobre los intereses político corporativos. La definición de 71 comunas o subcomunas de extrema pobreza es un paso significativo en torno a la posibilidad de realizar planes concretos que tengan efectos reales y visibles en el corto plazo.

Igual como en los casos anteriores, en la medida que esas priorizaciones no sean reales, la opinión pública, sobre todo de esas comunas, se verá manipulada, tendrá un fuerte sentimiento de frustración y comprenderá que se trataba solamente de un discurso dirigido a tranquilizar las conciencias, pero sin voluntad política alguna para ser llevado a la práctica.

En definitiva, en el caso de Chile, la existencia de un PLAN NACIONAL PARA LA SUPERACION DE LA POBREZA -compuesto de una instancia de coordinación ministerial de alta prioridad, de un Consejo Nacional formado por empresarios, políticos, dirigentes sociales y una amplia gama de personas, de entidades participativas a lo largo del país y en más de setenta comunas- ofrece una base institucional de primera importancia para llevar a cabo un plan efectivo. Por lo señalado en el primer párrafo de este artículo, la realización de un programa efectivo sería un elemento central en el fortalecimiento de la democracia y en particular de la alianza política que la sustenta. Lo contrario, en cambio -que se frustrara el plan- conduciría a serios quiebres, tanto en el sistema democrático como en la alianza.

«Si bien no puede haber un plan de superación de la pobreza sin recursos, no es menos cierto que aumentando los recursos en ciertas áreas donde se hace más de lo mismo, no se lograrán cambios de importancia».

REACTIVACION DEL PLAN DE SUPERACION DE LA POBREZA: LINEAS DE ACCION DE CORTO PLAZO

Tal como se ha señalado, la segunda fase o *etapa difícil* de la superación de la pobreza, requiere de una mayor iniciativa del Estado, sobre todo en lo que se refiere al cambio de situaciones institucionales, que son la fuente de reproducción de las condiciones de pobreza. A nuestro modo de

ver, éste es el primer aspecto que es preciso observar: el origen y carácter de la demanda.

El financiamiento de los planes de superación de la pobreza debe ir acompañado de cambios institucionales que permitan que esos recursos tengan un grado mayor de eficiencia. La visión generalizada del problema señala que es sólo un *asunto de recursos económicos*. Esta conclusión es política y técnicamente falsa.

Si bien no puede haber un plan de superación de la pobreza *sin recursos*, no es menos cierto que aumentando los recursos en ciertas áreas donde se *hace más de lo mismo*, no se lograrán cambios de importancia.

Hay áreas de inversión social en que por más que se inviertan recursos e importantes sumas de dinero no habrá cambios cualitativos en la situación de pobreza. Hay programas dirigidos a sectores sociales muy desfavorecidos, por ejemplo el campesinado pobre, que aunque se dupliquen o tripliquen en su monto financiero, no redundarán en ningún cambio cualitativo real y perceptible, ni en el corto, mediano ni largo plazo.

Muchos programas de inversión social quedan atrapados en las redes de ejecutores, en los sectores más allegados a las clientelas políticas, en fin, no necesariamente en los sectores de pobreza a los que se quisiera llegar. Podemos citar el caso de una comuna o municipio en el sur de

Chile, donde el 60 % de la población es rural y el 40% restante es urbana. La inversión, como es casi evidente, es en un 60% urbana y sólo en un 40% rural. La mayor parte de los «Programas Comunales para la superación de la pobreza», elaborados localmente, insisten en pequeñas obras de infraestructura vial, mejoramiento de calzadas y soleras, en fin, en una serie de proyectos que no garantizan en nada la superación de la pobreza existente. Son las demandas de la pequeña burguesía local que presiona sobre las autoridades con peticiones menores de modernización urbana. Por ello, los cambios institucionales a nivel del poder local son fundamentales. Un segundo aspecto se refiere al carácter del Estado como agente de los programas de superación de la pobreza. El aparato estatal en el ámbito social se ha *feudalizado* crecientemente. Cada repartición pública se ha convertido en un feudo que no sólo no se

coordina con las otras, sino que muchas veces compete como si se tratara de un mercado salvaje donde debe triunfar el más sanguinario. Esta experiencia generalizada de la acción del aparato estatal en las zonas de extrema pobreza, es liquidacionista y vulnera las posibilidades de éxito de cualquier programa de superación. La experiencia es generalizada en muchos países y no pocas veces se ve complejizada como consecuencia de la corrupción generalizada. La competencia político-electoralista al interior de los partidos de las coaliciones gobernantes - y entre ellos y la oposición - aumenta muchas veces el nivel de conflicto, competencia y descoordinación.

Es por ello que insistiremos en estas propuestas que deben combinar el CAMBIO INSTITUCIONAL CON LA OBTENCION DE NUEVOS RECURSOS. En algunos casos, a estos cambios se les denomina *modernización del Estado*, lo que parece urgente como parte de un diseño rea-

lista de un plan que efectivamente pretenda superar la pobreza. Sin embargo, hay muchas concepciones de lo que debe o debería comprenderse por modernizar el Estado.

Muchas veces sólo se estima que debe *empequeñecerse* o disminuir la cantidad de funcionarios estatales. Si bien no estamos en contra de ello, por razones de eficiencia, no es el centro de la modernización. Ella debería consistir en adecuar la capacidad estatal de interlocución con la sociedad, coordinar acciones que vayan en beneficio de los sectores más pobres, dar integralidad a las políticas y disolver los nudos de competitividad burocrática interna, que ponen siempre en serias dificultades a los planes mejor intencionados, e impiden que se despliegue la creatividad de las personas y agrupaciones sociales.

Hay dos perspectivas claramente diferenciadas en cuanto a las políticas para lograr la superación de la

pobreza. Una es la de subsidios focalizados, y la otra es la de abrir espacio y oportunidades a los sectores pobres para que desarrollen su iniciativa. Lo primero es de una gran eficacia momentánea, es un excelente sistema de creación de clientelas, lima las asperezas de las situaciones más dramáticas. Lo segundo tiene que ver con la dignidad de las personas, y es de carácter estable. En el caso de Chile, es necesario realizar una crítica muy profunda al carácter social de la reconstrucción democrática. Allí reside, a nuestro modesto modo de ver, el principal desafío modernizador: la modernización de las relaciones sociales para permitir la existencia de una sociedad verdaderamente democrática, basada en la igualdad de oportunidades.

En este terreno, el sistema económico en Chile ha sido mesquino. Se ha reimpuesto en el país un criterio o cultura de carácter oligarquizante, que privilegia las antiguas noblezas, apellidos y for-

«Se ha reimpuesto en el país un criterio o cultura de carácter oligarquizante, que privilegia las antiguas noblezas, apellidos y fortunas, al esfuerzo puro y simple».

tunas, al esfuerzo puro y simple. El proceso de reconstrucción de las diversas capas de la clase política ha restaurado viejas solidaridades semi-clasistas, como son las relaciones familiares, las de los compañeros de estudio, universidad, trabajo y militancia. El discurso cultural del país, los mensajes entregados en los medios de comunicación, muestran a un grupo elitario y elitista cerrado, y no a una sociedad abierta, moderna, donde el ascenso social a través de los méritos y el esfuerzo sea reconocido.

Se debe reconocer que la globalización cultural, y en especial la fiebre consumista que conlleva el abrir las economías locales latinoamericanas, no favorece una política más

igualitarista, sino por el contrario, conlleva una internacionalización de las clases adineradas, separándose cada vez más de los sectores populares. La no modificada distribución de los ingresos, a pesar del crecimiento económico sostenido, es una demostración palmaria de lo que aquí se señala.

No existe tampoco al nivel político-partidista, en el caso chileno que analizamos, ningún discurso articulado que haga de la movilidad social, del ascenso y de la capacidad de esfuerzo, un mérito reconocido y valorado. La democracia reconquistada reposa aún sobre un marco cultural predemocrático en lo social.

Al no existir este marco moderno de oportunidades basado en la meritocracia, en el esfuerzo individual y grupal, se puede caer en una visión tradicionalista de la cuestión de la superación de la pobreza. Para muchas personas, y sin duda para muchos sectores modernos de la clase política, la superación de la pobreza aparece como un asunto ligado a las viejas formas de caridad y conmisericordia con los pobres.

Si el programa de superación de la pobreza se lo relaciona culturalmente con la la caridad, estaría de antemano fracasado. Nos parece que de una u otra manera, esta visión está presente

al discutirse los presupuestos y recursos económicos para financiar este tipo de programas.

Para muchos sectores el problema de la pobreza es solamente un asunto de filantropía. El crecimiento económico va por una parte y la ayuda a los pobres va por otra. Esta es un asunto de ética individual.

Es por ello que el centro de un plan de superación de la pobreza debiera ser la transformación de los marcos institucionales del país, de manera que permitieran el desblo-

queamiento de las situaciones causantes de la pobreza, abriendo cada vez más la sociedad a las oportunidades y fomentando la creatividad e iniciativa.

DISTRIBUCION EQUITATIVA DE LAS OPORTUNIDADES: EL PRIMER AMBITO DE LAS POLITICAS SOCIALES

El tipo de crecimiento económico que se está impaniendo en casi todos los países de América latina, en lo que Chile es un ejemplo claro, tiene el peligro de ser acaparado por un pequeño sector de empresas de gran tamaño, muchas veces fuertemente interrelacionadas entre sí. En un régimen de producción e intercambios *desregulado*, se reproduce la ley del más fuerte, lo que conduce a una creciente oligopolización de la economía.

Un elemento central es provocar cambios institucionales que permitan la mejor distribución, tanto espacial como sectorial, de la actividad

«Crear bases institucionales para el fomento de la micro, pequeña y mediana empresa, tanto en el ámbito urbano como en el rural, es un primer aspecto de un Plan Nacional para la Superación de la Pobreza».

económica.

Crear bases institucionales para el fomento de la micro, pequeña y mediana empresa, tanto en el ámbito urbano como en el rural, es un primer aspecto de un Plan Nacional para la Superación de la Pobreza.

Un capítulo especial requiere el tratamiento del pequeño y mediano productor agrícola. En muchas partes, y en particular en Chile, se está produciendo una concentración monstruosa de la propiedad agroforestal. Las grandes empresas madereras compran tierras y las forestan, constituyendo espacios gigantescos deshabitados. El país debería ser convocado a un debate acerca de si está de acuerdo con eliminar al campesinado, cuestión que está ocurriendo masivamente, o, por el contrario, señalar con claridad políticas adecuadas para fomentar esta actividad, convocar a jóvenes a dedicarse al campo, permitir el acceso de nuevas generaciones a la tierra, en fin, impulsar esta decisiva actividad.

Si el país ha definido su vocación agroexportadora, debería ser capaz de ofrecer caminos democráticos de acceso a esa actividad y crear los marcos institucionales adecuados para que ello ocurra. En ese contexto, el mayor financiamiento tendrá sentido.

EL MEJORAMIENTO DE LA CAPACIDAD DE LAS PERSONAS: UN SEGUNDO AMBITO DE LAS POLITICAS SOCIALES.

La educación es el factor de mayor discriminación en nuestros países.

El Plan Nacional para la Superación de la Pobreza adolece de una carencia fundamental: no está coordinado y conectado con el sistema educacional.

La focalización de las 71 comunas pobres debería contemplar un programa especial en las escuelas y liceos.

En las escuelas y liceos se reproduce la pobreza. Si no se ataca ese punto central, no hay verdadero plan de superación. Esto implicaría la transformación de los currículos, la adecua-

ción regional de los mismos, la *reconversión* de los liceos a las necesidades del desarrollo regional, la inversión en esos colegios, etc. Las municipalidades a cargo de la educación, en las comunas de extrema pobreza, no tienen ni los medios, ni la capacidad técnica, ni los recursos humanos, para llevar a cabo estos programas de estimulación educativa.

Si el estado apoyara a las 71 comunas priorizadas en planes audaces de cambio educacional, se estaría haciendo mucho más para superar la pobreza que en muchas otras áreas.

MEJORAMIENTO DE LA RETRIBUCION Y LA CALIDAD DEL TRABAJO ASALARIADO: UN TERCER ASPECTO A CONSIDERAR.

El crecimiento económico del país, y las exportaciones en particular, se han sostenido sobre dos pilares fundamentales: la explotación de la fuerza de trabajo de los países latinoamericanos y la explotación no sustentable de los recursos naturales.

Hoy en día, buena parte de la pobreza del país es asalariada. Las bajas tasas de desocupación muestran que el problema reside en la calidad del empleo.

Existen áreas de pobreza que coinciden con los sectores de mayor riqueza y producción exportadora del país. Es el caso de la producción frutícola, y en especial de la forestal. En este último caso, el sistema de contratistas ha conducido a un retroceso en todas las *normas laborales mínimas*, que son de normal ocurrencia en el país. El Estado tiene la obligación de normar el trabajo temporal y no existen consideraciones que puedan explicar que no se lo haya realizado en cinco años de régimen democrático. La ausencia de cualquier mención a los asalariados agrícolas en el reciente plan de reactivación de la agricultura es, sin duda, un síntoma grave en esta materia.

El Estado tiene el instrumento de fijación del salario mínimo que, sin duda, empuja el conjunto de los salarios. Una gran proporción de trabajadores se rige por ese mínimo. Un programa de ligazón estrecha entre crecimiento económico (y

otras variables macroeconómicas) y crecimiento del salario mínimo, podría constituirse en un sistema eficaz de redistribución. El país sabría que a mayor productividad e ingresos globales, el salario mínimo también aumentaría porcentualmente de acuerdo a una escala redistributiva.

Este mismo método puede ser válido también para las pensiones y subsidios básicos que afectan a un sector muy grande de pobres, en especial a la gente de edad y jubilados.

UNA POLITICA TRANSPARENTE DE RECURSOS PARA EL PLAN DE SUPERACION DE LA POBREZA.

Si no existe en el corto plazo un plan de financiamiento realista y coherente de los planes de superación de la pobreza, se afirmará la idea de que éste sólo consiste en un medio de propaganda, tendiente a mantener la lealtad de los sectores desfavorecidos de la población en la alianza política.

Llama la atención la desvinculación existente entre los grandes temas ligados a la modernización y aquellos relacionados con la superación de la pobreza. La privatización de empresas estatales sólo podría tener sentido si fuese para constituir fondos especiales, nuevos e innovadores, para ir hacia la superación de la pobreza. De lo contrario, la opinión pública observa que son recursos de todos los chilenos que van a parar a un verdadero pozo negro del presupuesto nacional. Lo mismo se puede decir con las discusiones acerca de la deuda de la hanca y con la clausurada discusión acerca de los impuestos. En términos concretos, cuando hablamos de unificar el discurso en esta materia, nos referimos a com-

promisos concretos y transparentes que pueda asumir el Estado.

SUPERACION DE LA POBREZA Y PARTICIPACION DE LOS ACTORES SOCIALES INVOLUCRADOS

Finalmente, y siendo lo más importante, cualquier política de superación de la pobreza debe contar con la participación organizada de la gente interesada. Nadie cambia su situación de vida si no lo quiere hacer. Aunque pareciera obvia esta afirmación, es muy poco frecuente.

La participación es entendida muchas veces como consulta. El Estado pregunta y luego decide. Las más de las veces no analiza mayormente las opiniones entregadas. Los autodiagnósticos de localidades pobres suman miles de páginas. Se han realizado diagnósticos comunales por decenas sin ningún resultado.

Participación implica decisión. Entregar capacidad a la gente concreta para que asuma sus responsabilidades en la superación de la pobreza.

CONCLUSIONES

En síntesis, hemos reforzado la relación existente entre los programas para la superación de la pobreza y la democracia. Se ha señalado que si no existiese una afirmación positiva en torno a la necesidad de combatir la pobreza, no existiría la capacidad de sustentación de una política puramente modernizadora. Se señala a continuación que en Chile se han creado bases institucionales y culturales apropiadas para llevar adelante un Plan ambicioso en esta materia.

A continuación, se ha afirmado que existen muchas dudas sobre la eficacia del Plan. Más aún, se corre el riesgo de que este programa sólo quede en las palabras y, por lo tanto, se revierta en contra de quienes lo han formulado. Concreta-

*«Si no existe en el corto
plazo un plan de
financiamiento realista y
coherente de los planes
de superación de la
pobreza, se afirmará la
idea de que éste sólo
consiste en un medio de
propaganda».*

mente, se ha señalado que puede ser el metro de medición del éxito del gobierno y su coalición. Se señala a continuación que el mayor problema consiste en desvincular el problema de la superación de la pobreza con el del crecimiento económico, arrinconando el tema en un asunto de piedad y caridad, propio de las personas privadas. Esta visión asistencialista del plan de superación de la pobreza lo llevaría a asumir un puesto marginal y lo desposeería de recursos.

Se sostiene, por tanto, que se requiere vincular el Plan de Desarrollo de la Pobreza a los cambios institucionales necesarios para abrir las oportunidades a las personas. Se sospecha que éste es uno de los problemas más graves que tiene la sociedad chilena actual. El elitismo y neooligarquismo de la sociedad chilena conspira contra una mayor democratización de sus relaciones. Se sostiene que la superación de la pobreza pasa por la profundización de la democracia.

Se finaliza señalando algunos aspectos de corto plazo que pareciera central atacar en la línea de activar un plan realista y audaz de superación de

la pobreza. Tres cambios institucionales se plantean a modo de ejemplos, ya que sobre la materia hay experiencias múltiples.

En primer lugar, la ampliación del campo de acción al nivel de los productores tanto urbanos como rurales. Una decidida acción en este terreno vendría a ampliar las oportunidades de muchos sectores. La segunda acción se debe dar en el plano de los trabajadores asalariados, donde se concentran importantes bolsones de pobreza. Estos bolsones muchas veces coinciden con sectores productivos de alta rentabilidad. Se sugiere establecer una relación entre el crecimiento económico y los salarios, en la perspectiva de un mejoramiento de la distribución porcentual de los ingresos, cuestión clave para la mantención de la democracia. Finalmente, se habla de la educación, que es el sistema de reproducción de la pobreza o de la apertura de las posibilidades y oportunidades para las generaciones posteriores. Se propone, en términos concretos, una focalización de la transformación educativa en las áreas de mayor pobreza relativa del país.

OS EXCLUÍDOS EXISTEM?

2

Notas sobre a elaboração de um novo conceito

Terceiras Notas
13 cópias.

Seminário de Ana Quiróga.

Luciano Oliveira

De alguns anos para cá, num contexto em que a miséria das massas brasileiras — sobretudo urbanas — adquiriu grande visibilidade, o conceito de 'excluídos' irrompeu no cenário público e passou a freqüentar com assiduidade as discussões de cientistas sociais, políticos, jornalistas e intelectuais de modo geral acerca da dramática situação social do Brasil de hoje. É verdade que, como sempre, a novidade deita raízes em textos bem menos novos do que se imagina à primeira vista. Por exemplo, já no clássico *Dependência e desenvolvimento na América Latina*, de Cardoso & Faletto, os autores prevêm que o modelo de "uma industrialização baseada em um mercado urbano restringido", então em curso, iria "intensificar o padrão de *sistema social excludente* que caracteriza o capitalismo nas economias periféricas" (1975, p. 124, destaque do original). E, desde fins dos anos 70 pelo menos, correlatos do termo começam a aparecer em textos que analisam criticamente o processo de acumulação conhecido como 'milagre brasileiro', cujos parâmetros foram qualificados de 'excludentes' por Lúcio Kowarick (1979, p. 52). Em meados da década de 80, no conhecido estudo de Alba Zaluar sobre os pobres urbanos da periferia do Rio de Janeiro, o termo 'excluídos' já aparece de forma explícita, quando a autora se refere ao olhar etnocêntrico que vê nesse segmento populacional o "avesso da civilização" (1985, p. 12).

Vale aqui observar que a problemática da exclusão social — com esta ou com outras denominações — não é uma exclusividade de países periféricos como o nosso, tratando-se na verdade de um fenômeno que já desde há algum tempo atinge também os países ricos. Para ficar só com o exemplo da França, anote-se, por exemplo, que desde os anos 50 e 60 aparecem designações como 'quarto mundo', 'nova pobreza' (Lamarque, 1995) e, naturalmente, 'exclusão social' (Ribeaud, 1976), para se referir a um número não negligenciável de pessoas presas à engrenagem da pobreza, em meio a uma crescente abundância. De modo geral, os excluídos eram vistos como resíduos que o desenvolvimento dos 'trinta anos gloriosos' do pós-guerra parecia esquecer. Desde então, o que parecia residual e conjuntural passou a ser visto, a partir dos anos 80 sobretudo, como algo bem mais estrutural, na medida em que o fenômeno do desemprego, o principal gerador de exclusão, se revelou em grande parte um subproduto do próprio desenvolvimento científico-tecnológico, por sua capacidade de liberar mão-de-obra e, no caso dos que conseguem emprego, de precarizar a relação empregatícia na sua forma clássica, que era a do contrato de trabalho por tempo indeterminado. Para se ter uma idéia da amplitude do fenômeno, basta considerar que, num país rico e altamente desenvolvido como a Fran-

ca — para nos atermos ao nosso exemplo —. Robert Castels estima que cerca de 70 por cento das pessoas entram atualmente no mercado de trabalho sob formas mais ou menos atípicas, ocasionando o que ele considera uma "fragilização completa da condição salarial" (1995, p. 19).

É a partir de meados da década passada, assim, que a problemática da exclusão — termo que termina por se impor aos demais (Lamarque, op. cit., p. 17) — adquire uma nova dramaticidade. Entre nós, ela foi colocada em voga sobretudo por Hélio Jaguaribe, que nos seus trabalhos (1986 e 1989) chama a atenção para o crescimento desmesurado dos pobres e miseráveis no país, resultado, a seu ver, de um fracasso do modelo econômico imperante entre os anos 30 e 80. Depois vieram os trabalhos de Cristovam Buarque (1991 e 1993), para quem o fracasso do modelo econômico apenas expôs a face cruel e verdadeira da exclusão social no Brasil, preexistente ao próprio modelo econômico cuja crise se inicia na década de 80. Atenção às perigosas implicações políticas que o processo de exclusão contém, ele pôs em circulação o conceito de "apartação social", tradução adaptada às condições brasileiras do universalmente conhecido *apartheid* sul-africano, extinto apenas recentemente.

Assim, no caso dos países ricos a exclusão social seria, principalmente, o resultado de um virtual esgotamento do modelo clássico de integração na sociedade moderna pela via do pleno emprego e, conseqüentemente, da ampla participação no mercado de consumidores; na situação brasileira, o fator tecnológico inibidor da produção de novos empregos, mais recente, teria vindo agravar o modelo tradicional do mercado urbano restringido, ele próprio já excludente. Disso resulta que estamos atualmente, nos países do Primeiro Mundo, mas também — e ainda mais dramaticamente — em países do Terceiro Mundo, como o Brasil, como que assistindo à gestação de uma nova dicotomia: ao lado das clássicas cisões entre exploradores e explorados, ou opressores e oprimidos, estamos vivenciando o aparecimento de uma nova cisão, aquela que opõe *incluídos* e *excluí-*

dos. Minha intenção, neste breve artigo, é levantar algumas questões relacionadas ao quadro de referência teórica dentro do qual é possível fundar e dar sentido ao conceito de exclusão social, tentando contribuir para aprofundar os termos de um debate a meu ver ainda não suficientemente esclarecido.

Antes de tudo, creio que uma decantação terminológica preliminar se faz necessária, pois, como costuma ocorrer com os conceitos que caem no domínio público, também o de exclusão vem se prestando aos mais diversos usos, o que ocasiona uma certa diluição retórica de sua especificidade. Assim é que têm sido chamados de excluídos os segmentos sociais mais diversos, caracterizados por uma posição de desvantagem e identificados a partir de uma pertinência étnica (negros e índios), comportamental (homossexuais), ou outra qualquer, como é o caso dos deficientes físicos, por exemplo. Na maior parte dos casos, esses segmentos constituem grupos tradicionalmente chamados de "minorias", designação que permanece, a meu ver, mais apropriada. É claro que, em tese, todos eles podem ser, por uma ou outra razão, classificados como excluídos. Afinal, como observa Boudon, rigorosamente falando "uma definição não pode ser demonstrada"; mas é possível, por outro lado, "argumentar contra ou a favor" (1986, p. 39). É o que acontece no caso presente. Chamar de excluído todo e qualquer grupo social desfavorecido pode levar a contra-sensos, como aplicar um mesmo conceito tanto a moradores de rua quanto a pessoas que, apesar de portadoras de deficiência física, gozam de uma situação econômica bastante confortável — como é o caso de um paraplégico empresário, cuja oficina de fabricação de cadeiras de rodas fatura 60 mil dólares por mês (*Isto É*, 3/7/96). Uma confusão desse tipo, independentemente das discussões de natureza política que enseja, é inaceitável porque os processos de exclusão que afetam os dois grupos não têm nada em comum: nem a mesma origem nem a mesma natureza, além de não se manifestarem da mesma maneira e, com toda evidência, demandarem tratamentos bastante diferentes.

B 2

Países
ricos

B 2

Parece recomendável, assim, por razões teóricas mas também práticas, que se reserve o conceito de excluídos para aqueles grupos que primeiro foram assim chamados. Em termos bem empíricos, no Brasil eles são os moradores e meninos de rua, os desempregados das favelas e periferias, muitos convertidos em 'flanelinhas' e mesmo em delinquentes, os catadores de lixo etc. Mais do que simplesmente pobres, eles estão mais próximos do que normalmente designamos miseráveis. Em termos mais analíticos, qual seria a sua especificidade? Como vimos, o primeiro elemento que desponta na sua constituição é o fato de serem pessoas sem inserção no mundo normal do trabalho. E verdade que, mesmo aí, o assunto não é dos mais pacíficos. Castels (op. cit., pp. 19-21), por exemplo, ao criticar o uso 'inflacionista' do conceito de exclusão nos dias que correm, sugere que a sua utilização deveria ser guardada para se referir a grupos sociais sujeitos oficialmente a um estatuto particular de discriminação, como era o caso dos judeus no *Anten Regime* ou dos 'vagabundos' sujeitos a procedimentos de banimento na sociedade pré-industrial, preferindo, para se referir ao fenômeno atual de exclusão do mercado de trabalho, o termo 'desafiliação'. Acresce que, sendo que no Brasil a constituição de um mundo do trabalho nos moldes clássicos sempre conviveu com uma massa importante de mão-de-obra desqualificada, trabalhando no chamado 'setor informal', o critério do emprego na sua forma clássica continuaria bastante problemático. Utilizá-lo implicaria dizer que a exclusão é um fenômeno permanente na nossa história. Num certo sentido — quando se pensa primeiro nos escravos, depois na legião de agregados da qual fazem parte as empregadas domésticas, no amplo 'setor informal' etc. —, o raciocínio não deixa de ser pertinente. Adotá-lo, entretanto, nos remeteria de volta ao uso um tanto retórico do conceito, que rejeitei logo acima. Ou seja: se, por um lado, pode-se dizer que exclusão *latu sensu* sempre houve, por outro essa afirmação não captaria a especificidade do que contemporaneamente chamamos exclusão — que, aliás, um autor atento a essa questão chamou de 'nova exclusão' (Nascimento, 1994). Neste artigo, é a ela que me reporto.

Dois traços — além, evidentemente, da não-inserção no mundo normal do trabalho —, ambos inter-relacionados, seriam específicos dessa forma contemporânea de exclusão. O primeiro é que os excluídos, por seu crescimento numérico e por não possuírem as habilidades requeridas para ser absorvidos pelos novos processos produtivos — já em si liberadores de mão-de-obra —, teriam se tornado "desnecessários economicamente" (id., ib., p. 36). Esse traço está relacionado ao fenômeno que atinge mesmo os países ricos, e que tem sido chamado de 'desemprego estrutural'. É verdade que, em relação a esse ponto, há mais conjecturas do que certezas, e as dúvidas, felizmente, subsistem. Ao quadro, atualmente real, de uma economia dominada pela revolução científico-tecnológica e necessitando cada vez menos de trabalhadores, pode-se opor a hipótese de que a disseminação das novas tecnologias terminará por criar novas perspectivas de emprego de mão-de-obra, sobretudo no setor terciário. A hipótese, aliás, teria um conhecido exemplo histórico em que se apoiar. No curso da primeira revolução industrial, a introdução de máquinas no processo produtivo ocasionou uma grande onda de desemprego, gerando uma série de revoltas de trabalhadores ingleses, que se organizaram com a finalidade de quebrar as máquinas, fenômeno que ficou conhecido como 'luddismo' (devido a Ludd, líder do movimento). Depois, a própria indústria em expansão reabsorveu os braços que, num primeiro momento, ela própria tinha tornado inúteis.

Independentemente dessa discussão, porém, o fato é que os excluídos, aparentemente postos à margem do processo produtivo e do circuito econômico tradicional, são no momento considerados 'desnecessários'. Mas não apenas isso. O segundo traço, aquele que mais imprime força e sentido à própria idéia de exclusão, tem a ver com o fato de que sobre eles se abate um estigma, cuja consequência mais dramática seria a sua expulsão da própria "órbita da humanidade". Isso na medida em que os excluídos, levando muitas vezes uma vida considerada subumana em relação aos padrões normais de sociabilidade, "passam a ser percebidos como indivíduos socialmen-

te ameaçantes e, por isso mesmo, passíveis de serem eliminados" (id. ib., p. 36).

É tendo em vista esse conjunto de elementos que a nossa questão se coloca: os excluídos 'existem'? As aspas ao redor do verbo cumprem a função de apor a seu sentido denotativo a hipótese de uma conotação. De um lado parece evidente que, *empiricamente*, a sua existência não pode ser posta em dúvida: nos semáforos e praças durante o dia, à noite debaixo das marquises dos edifícios etc., nós os vemos cotidianamente. Mas, pensando na conotação científica do verbo, uma pergunta é sempre possível: eles realmente *existem*, ou seriam apenas o resultado de uma ilusão de óptica produzida pelo senso comum, pródigo em produzir opiniões equivocadas? A final de contas, todo mundo 'vê' o sol girar em torno da Terra; mas, como sabemos todos, essa evidência, rigorosamente verdadeira de um ponto de vista terráqueo, deixa de sê-lo quando adotamos um ponto de vista heliocêntrico... Analogamente, se pode perguntar: e o olhar que vê os excluídos, de que ponto de vista depende?

A pergunta é menos estapafúrdia do que parece. Formulá-la é abordar uma questão crucial, com a qual sempre defronta, conscientemente ou não, aquele que se dedica à prática científica: a construção dos conceitos. Para o senso comum — partidário, sem disso se dar conta, da posição 'realista' em matéria de filosofia do conhecimento —, os conceitos traduzem fielmente a realidade. Na verdade, porém, as coisas são bem mais complexas, pois toda elaboração conceitual é, em certa medida, uma operação 'subjéctiva' — ou, como outros preferem, 'nominalista' —, vale dizer, uma construção intelectual que, mesmo tendo elementos empíricos por referência, se faz a partir de uma série de fatores que comandam a própria selecção dos dados: pontos de vista, objetivos, público visado etc. Um exemplo clássico é a maneira oposta como, partindo aparentemente do 'mesmo' material, a sociologia europeia, de forte influência marxista, fala em classes sociais, enquanto a sociologia americana, influenciada sobretudo pelo funcionalismo, fala em estratificação social (Bidou, 1991, p. 64). Em outras pala-

vas, a problemática weberiana dos "tipos-ideais" parece inafastável. Dela, aliás, não escapou nem o próprio Marx. Como já foi observado, dependendo do estatuto teórico e da finalidade prática dos seus textos, ora ele se refere a três classes: operários, capitalistas e camponeses, como em algumas partes de *O capital*, ora a um número bem maior: proletariado, subproletariado, pequena burguesia, banqueiros, comerciantes, proprietários fundiários etc., como em *As lutas de classe na França* (id. ib., p. 65).

Esse pequeno desvio de natureza epistemológica foi apenas para enfatizar que, contrariamente ao que poderia pensar o senso comum, a visão dos excluídos também depende de um certo ponto de vista. Mais que isso, rejeita outros que, se adotados — naturalmente, estamos falando em termos teóricos, não empíricos —, não permitiriam *vê-los*. No caso, gostaria de sugerir a hipótese de que o conceito de excluídos se constrói precisamente pela oposição a um ponto de vista largamente hegemônico nas Ciências Sociais brasileiras desde os anos 70: a visão antidualista. Esclareçamos esse ponto. Como implicitamente já sugere o próprio termo, e como aparece explicitamente em vários autores que examinaram a questão da exclusão — no Brasil (Buarque, 1993; Nascimento, 1994a), mas também lá fora (Wacquant, 1994; Lamarque, 1995) —, falar em 'incluídos' e 'excluídos' é adotar uma perspectiva dualista. A discussão que pode então ser levantada diz respeito ao valor heurístico desse tipo de perspectiva, que implica dizer que uns estão 'dentro' e outros estão 'fora'. Mas dentro e fora de quê? A resposta mais evidente, que primeiro ocorre, se refere ao processo econômico. Mas acontece que, por esse viés, existem sérias dúvidas a respeito da legitimidade da visão dual nas Ciências Sociais brasileiras, tradicionalmente influenciadas pela visão antidualista, de inspiração marxista.

Marx tinha como certo que, no capitalismo, o crescimento da riqueza produz, no pólo oposto, o crescimento do pauperismo, tanto que a isso chamou de "lei geral, absoluta da acumulação capitalista" (Marx, 1980, p. 747). Como

sempre — ainda que a indignação moral percorra sua obra de ponta a ponta —, sua demonstração se baseia em argumentos estritamente técnicos: à medida que avançam os progressos tecnológicos e a centralização de capitais, as máquinas passam a ser um elemento mais importante no processo de acumulação que a mão-de-obra: em linguagem técnica, o capital constante supera continuamente o capital variável. Daí que, como ele diz, "a acumulação capitalista sempre produz, e na proporção de sua energia e de sua extensão, uma população *superflua* relativamente, isto é, que ultrapassa as necessidades médias da expansão do capital, tornando-se, desse modo, *excedente*" (id. ib., p. 731, desiaque meu).

Em outros termos, a perspectiva da produção do que hoje chamamos excluídos, em decorrência do próprio crescimento econômico, já está presente em Marx. Só que, na seqüência do seu argumento, essa população excedente, ao contrário do que pareceria à primeira vista, se torna, por um efeito de retorno, funcional à acumulação capitalista, na medida em que "constitui um exército industrial de reserva disponível" (id. ib., p. 733). O seu argumento ilustra com perfeição a 'unidade dos contrários', de matriz hegeliana, uma forma de pensar em que tese e antítese se implicam mutuamente. Esse modo de pensar — que, de pronto, rejeita como ingênuos os dualismos do tipo 'os dois Brasis' — se tornou hegemônico no nosso país a partir sobretudo da publicação, em 1972, do brilhante ensaio de Francisco de Oliveira, *Economia brasileira*, cujo subtítulo era uma verdadeira tomada de posição: *Crítica à razão dualista*. Oliveira, examinando o 'inchaço' da subocupação e do subemprego que já anunciava a exclusão de hoje, adotava como hipótese central que "o crescimento do terciário, na forma como se dá [...], faz parte do modo de acumulação urbano adequado à expansão do sistema capitalista no Brasil" (Oliveira, 1981, p. 31).

A sua explicação para isso era que, com a industrialização e a conseqüente transferência do epicentro do novo ciclo de expansão para as cidades, os escassos fundos disponíveis para a acumulação não poderiam atender, ao mesmo

tempo, às demandas do setor industrial e aos investimentos em infra-estrutura e serviços urbanos que tanto faltavam às cidades. A aparente contradição se resolve, nessas circunstâncias, pelo crescimento não-capitalístico do setor terciário. Mas, em que pesem as aparências, esse setor "atrasado [está] do ponto de vista da acumulação global, [integrado ao setor dinâmico, na medida em que] os serviços realizados à base da pura força de trabalho, que é remunerada a níveis baixíssimos, transferem permanentemente, para as atividades de corte capitalista, uma fração do seu valor, 'mais-valia', em síntese" (id. ib., p. 33).

Ou seja: também para Oliveira, esse *lumpenproletariat*, além de gerado pelo processo de acumulação, é funcional ao sistema, não apenas enquanto exército industrial de reserva, como queria Marx, mas também, nas condições brasileiras, enquanto fator que vai permitir que os segmentos integrados ao setor dinâmico da economia — dos quais convém não esquecer as classes médias — se beneficiem da existência de uma mão-de-obra superexplorada, que vai lhes prestar serviços a custos baixíssimos, liberando, assim, mais recursos que serão realocados (na compra de bens de consumo duráveis, por exemplo) no setor dinâmico. É tendo em vista essa bem concatenada visão antidualista, na qual a gênese e a funcionalidade do fenômeno terminam por se dar as mãos, que nossas questões adquirem sentido: como será possível falar em excluídos, 'apartados', pessoas que estão 'fora' etc., se elas estão, por vias transversas, 'integradas' ao sistema econômico? Dito de outra forma: qual o sentido de falar em *duas* ordens de realidade, dos 'incluídos' e dos 'excluídos', se ambas são produzidas por *um* mesmo processo econômico, que de um lado produz riqueza e, do outro, miséria? E, mais que isso, se a miséria assim produzida se torna, ao que tudo indica, funcional para a acumulação de riquezas no pólo oposto?

Uma resposta positiva a essas questões é, a meu ver, possível. Ela não significa, entretanto, o abandono da crítica antidualista no que se refere à explicação que ela fornece para a produção contínua de pobres e miseráveis como decorren-

cia do sistema econômico. Significa, porém, pôr em xeque o seu segundo flanco, aquele que diz respeito à funcionalidade que ela vislumbra nesses segmentos para o processo macroeconômico da acumulação capitalista. Esse 'pôr em xeque', entretanto, não se traduz numa refutação da visão antidualista, mas na adoção de um ponto de vista diverso. Por quê? Porque a funcionalidade por ela vislumbrada é — para usar os conhecidos termos popperianos — imune à 'refutabilidade'. Com efeito, é praticamente impossível fornecer uma prova que venha refutar a funcionalidade dos excluídos, seja mediante a demonstração de que ela não existe, seja mediante a demonstração de que a existência dos excluídos é disfuncional para o processo de acumulação. Uma e outra demonstrações são praticamente impossíveis, porque tanto o 'inchaço' do setor informal, como se dizia nos anos 70, quanto a exclusão social, como se diz hoje, podem sempre ser vistos como revertendo em benefício do processo de acumulação. Vejamos como.

Um dos traços constitutivos da idéia contemporânea de exclusão, como vimos, é a hipótese de os novos excluídos, diferentemente do *lumpenproletariat* clássico, terem se tornado 'desnecessários economicamente'. É como se o exército industrial de reserva, ao ultrapassar determinados limites, viesse a se tornar 'superfluo', para usar um termo do próprio Marx. Tanto mais que, por conta dos espantosos e contínuos avanços tecnológicos dos últimos tempos, parece consistente a hipótese de que a massa de trabalhadores miseráveis já não possui as qualificações necessárias para funcionar como massa de 'reserva', da qual o setor dinâmico do capitalismo poderia lançar mão para comprimir salários, como quer a análise clássica de Marx. Nesse caso, como parece ocorrer no Brasil atualmente, o setor dinâmico da economia poderia operar sem se preocupar com os miseráveis que, de tão numerosos, deixariam de ser funcionais e passariam a constituir um estorvo. Tratar-se-ia de um estágio no qual se produziriam segmentos que, importantes por seu número, já não teriam nenhuma 'importância' econômica. Dois exemplos extremos desse fenômeno seriam os

de rua e os catadores de lixo. Ora, mesmo a visão antidualista não poderia ser refutada, porque sempre seria possível integrá-los ao setor dinâmico da economia. Dedicemo-nos, só para argumentar, a um tal exercício.

Em 1987, estudos realizados pelo BNDES estimavam que 25 mil pessoas viviam à custa da atividade de catar lixo, no Brasil (dado citado por Lima, 1988). Um estudo mais recente, de 1993, informa que apenas na região da Grande Recife "quase 8 mil pessoas sobrevivem dessa atividade" — número que inclui os catadores diretos e seus dependentes (Alencar, 1993). Aparentemente, essas pessoas são literalmente superfluas, pois, vivendo de restos, a sua presença ou ausência não faria — do ponto de vista da acumulação global, é evidente — nenhuma diferença. No entanto, esse estudo revela uma realidade surpreendente: esses catadores estão atrelados a 120 intermediários que, por sua vez, comercializam o material catado aproveitável junto a trinta indústrias. A grande maioria dos catadores, trabalhando mais de oito horas por dia, consegue receber pouco mais de meio salário mínimo por mês. Entre o preço pago ao catador e aquele pago pelas indústrias ao intermediário, em alguns casos se verifica uma majoração de quase 1.000 por cento. Ou seja: pela via mais perversa possível, até os catadores de lixo estão integrados à economia!

Rigorosamente falando, os únicos realmente excluídos seriam aqueles de quem já não se pudesse extrair nenhum centavo de mais-valia. Seria o caso dos catadores que reviram o lixo buscando apenas restos de comida; ou ainda dos bandos de meninos de rua que, na Praça da Sé, na Candelária ou no centro do Recife, vivem de pequenos roubos e da caridade pública. Mas, mesmo aí, um raciocínio tenaz poderia se aplicar a uma ginástica surpreendente. O seu modelo teórico poderia ser o Foucault de *Vigiar e punir*. O conceito-chave poderia ser o de 'delinqüência útil', pelo qual Foucault analisa um aparente paradoxo: a prisão, apesar de ter sido considerada um fracasso desde seu aparecimento, sempre mostrou uma renitente persistência. Assim, o autor, numa típica formulação

antidualista, se pergunta: "O pretendo fracasso não faria então parte do funcionamento da prisão?" (Foucault, 1977, p. 239). A partir daí Foucault se empenha em demonstrar como a prisão, ao reproduzir delinquentes em vez de recuperá-los, na verdade produz uma espécie de mundo do crime que, em oposição à boa sociedade — de burgueses, mas também de proletários —, vai servir de álibi para a manutenção e o incremento da repressão que mantém o sistema em funcionamento. Numa observação que bem poderia se referir à função que entre nós é cumprida por programas como *Aqui, Agora*, Foucault diz: "A notícia policial, por sua redundância cotidiana, torna aceitável o conjunto dos controles judiciais e policiais que vigiam a sociedade" (id. ib., p. 251).

Aplicado à realidade dos meninos de rua, o conceito de 'delinquência útil' poderia nos levar à seguinte conclusão: eles, é verdade, não contribuem diretamente para a acumulação global, porque não produzem mais-valia; mas, indiretamente, ajudam no processo de sua extração, pois sua existência aparatosa tanto serve como contra-exemplo para os bons filhos dos trabalhadores que precisam ser disciplinados, como serve para configurar à perfeição um novo 'inimigo interno', de óbvia utilidade nesses tempos posteriores à Guerra Fria. Isso não é pura ficção: em 1991, vazou para a imprensa um estudo feito (oficiosamente, é bem verdade) no âmbito da Escola Superior de Guerra, sobre a possibilidade de o Exército ser um dia chamado a intervir para "neutralizar e mesmo destruir [o] contingente de marginais [que está sendo gestado nas ruas], quando às polícias faltarem condições para enfrentar tal situação" (*Jornal do Brasil*, 19/6/91).

Esses exemplos extremos, mas rigorosamente lógicos, esclarecem a razão pela qual a visão antidualista é imune à refutação: é que as suas análises operam sempre "do ponto de vista da acumulação global", para usar uma expressão de Francisco de Oliveira. Ora, como a acumulação é um processo permanente, nenhum fenômeno do mundo real é capaz de contradizê-la. Inversamente, todo e qualquer acontecimen-

to, por mais dramático e — numa escala humana — insuportável que seja, pode ser pacificamente absorvido, justamente porque o seu 'ponto de vista' não comporta nenhuma preocupação desse tipo. Assim, rigorosamente falando, nunca haveria, no sentido próprio da palavra, uma 'disfunção', porque, na eventualidade de uma ocorrência desse tipo, ela seria reapropriada pelo sistema e se revelaria, no final das contas, compatível com sua reprodução. Mesmo na hipótese de o 'contingente de marginais' crescer até o limite do intolerável, o que poderia levar a uma política maciça de extermínio — o documento que circulou na ESG estima em 200 mil o número de marginais que será preciso neutralizar e, mesmo, destruir no início do próximo século —, mesmo nessa hipótese, o juízo antidualista poderia analisar esse fato como uma 'limpeza' geral, que antecede um novo ciclo de acumulação. Isso nos remete de volta à questão da legitimidade do conceito de 'excluídos': a partir de que ponto de vista é possível então dizer que eles existem? Antes de sugerir uma resposta, alarguemos por um instante o campo de nossa análise.

Se a visão antidualista foi aqui tomada como exemplo para ilustrar o argumento relativo à construção dos conceitos, como relevando de um ponto de vista oposto a outros igualmente possíveis, é porque ela foi dominante nas Ciências Sociais brasileiras entre os anos 70 e 80. Na verdade, levando a reflexão mais longe, eu sugeriria que seu sucesso — sem que isso, obviamente, implique negar seus evidentes méritos analíticos — deve algo ao fato de, por suas fontes teóricas, sua forma de argumentar e os resultados a que conduz, o modo antidualista de pensar acordar muito bem com uma corrente mais vasta de análise sociológica, cujo prestígio entre nós, por esses anos, foi imenso. Trata-se de uma corrente basicamente francesa, fortemente influenciada pelo marxismo, surgida nos anos 60, que durante os anos 70 atinge o seu apogeu e se espalha por vários países — inclusive o Brasil, país onde o marxismo, apesar de perseguido pelo regime militar, se tornou praticamente hegemônico no interior do mundo acadêmico.